

PQ 6623

.A82

H8

1917

0137-88960

Es propiedad del autor.



FONDO
PEREZ MALDONADO

MADRID.—IMP. CLÁSICA ESPAÑOLA. CARDENAL CISNEROS, 10

CARLOS PEREZ MALDONADO

MONTERREY, MEXICO.

I

Nació Paco Trelles, y comienza esta historia — que es cierta hasta donde cabe certeza en historias —, en tierra leonesa, por la parte del Norte, allá donde la planicie castellana, como si de su propia aridez y austeridad sintiese fatiga, va a refugiarse en las raíces de los montes Cantábricos: en ellas se quiebra, y ondula, y se viste de verde, y le nacen, a orilla de los ríos, huertos, y junto a los caminos reales, álamos.

Vuelve Paco de ver a la novia. Es la noche del primer día de septiembre: hay una luna llena que da gozo. Dicen que la luz de la luna engendra ensueños; yo no sé hasta qué punto será Trelles capaz de ensoñar, ni sé tampoco a qué altura de la facultad intelectual se encuentra el límite entre pensar a secas y pensar soñando; pero es el caso que el guapo mozo viene ocupado y aun abstraído en imaginaciones y pensamientos.

En la noche serena, los pasos del caballo que monta suenan con ritmo triunfador, y sobre el piso llano de la carretera, fulgurante bajo la luz lunar, se tienden, formando centauro gigantesco, las sombras, confundidas, de caballo y jinete. Gallardamente cabalga el mancebo; soberbiamente camina el animal, como si, percatado de la distracción de su amo, asumiese, arrogante, la responsabilidad del viaje. Y van pasando por el bosque de cuento de hadas que tejen en el suelo las sombras de los árboles. Peregrina historia de encantamiento: un jinete de sombra perdido en un bosque de sombra también.

Los álamos tienen empaque de aristocracia; las carreteras, bordeadas por ellos, parecen avenidas de parque señorial; los troncos, finos y rectos, como fustes góticos; las copas, susurrantes, como aletear de abanicos y discreteo de galanterías dichas a media voz. Siempre, al final de una calle de álamos, finge el deseo una mansión de soberanos donde le aguarda una sonrisa.

Paco Trelles no sabe de poemas, ni de sonrisas soberanas: por eso el susurrar casi metálico de las frondas charlatanas no le dice estrofas; la *nota de cristal* que salmodian las ranas no le parece heraldo de ninguna exquisita y desconocida ven-

tura. Hace casi veinte años, tantos como tiene de vida, que está viendo estremecerse los álamos, y oyendo cómo cantan las ranas, y mirando caer la luz de la luna sobre los campos dormidos. Esas son cosas que pasan porque deben pasar. Buena, ¡y tan buena!, es una noche clara para volver al pueblo tras una escaramuza de amores o un convite de amigos. — ¡Hermosa noche hace! — se le ocurre decir a cualquiera; pero de eso a pensar que aquella luz que cae del cielo como lluvia mansa, que resbala callando por las lomas, que en los prados se tiende como inundación clara, que hace brillar las sendas como arroyos, y como ríos los caminos reales; que aquella luz pacífica sea manto imperial para un amor que se recuerda o palio reverente para una dicha que se está esperando, hay, a fe, larga y no llana distancia.

Y, sin embargo, como la naturaleza es siempre generosa en el otorgamiento del placer; como, hasta para aquellos que no la comprenden, tiene su hermosura virtud de compenetración; como todo hombre es tierra, y hacia la tierra se siente atraído, y todo espíritu es, sin quererlo ni saberlo, espejo de belleza, y hacia donde hay belleza se torna, Paco, que no es poeta, ni siquiera romántico, siente en cuerpo y alma el apaciguamiento plácido,

encanto peculiar de las noches diáfanas. Y piensa, sin darse cuenta de ello, que sería agradable cosa pasar horas y horas, tantas como la noche tuviese y la luna alumbrase, vagando al azar sobre las sombras aquellas de los árboles, dejándose llevar por su caballo, oyendo, sin oírle, aquel ruido manso, que es la voz de la noche.

Y he aquí que el ruido se acentúa, y de agudo se torna ronco, haciéndose constante y murmurador, y ya no se escuchan en él, gemelas y distintas, las cien voces; que hay una sola voz, de todas vencedora y triunfante: es la voz del agua. Jinete y caballo han llegado al río. Es el tal río ancho de cauce y guijarroso: los calores de agosto le han sorbido el caudal, y así va entre las piedras, partiéndose en multitud de brazos, serpenteando en todos ellos, dándose mucha prisa por estar a un tiempo en todas partes, como hidalgo pobre que con pocos dineros quisiera remediar muchas trampas; pero las piedras, como las trampas, levantan la cabeza y muestran a la clara luz, delatadoras de la escasez del amo, sus redondeces pulidas y secas.

El un brazo de río, el que va a la siniestra orilla, es el más abundoso, y se permite con la luz de la luna jugueteos espejeantes: es de ver la arro-

gancia con que suscita espumas en hallando una piedra al paso, y el imperio con que dobla cuanto brizna de hierba alcanza a divisar en la orilla; seguro es que los juncos se le antojan al muy presuntuoso cañaverales, y las hojas caídas, barcos de vela: ¡cómo las mece y cómo las envuelve y las hace chocar y separarse, y con qué satisfecha ostentación de poder las aturde en las revueltas de un remolino, y se las traga con furia de abismo, ni más ni menos! ¡Válganos Dios, y cómo se parecen los ríos a las almas!

Detiénese el caballo, y se inclina a beber. La estrofa sin letra que en el pensar de Paco iba forjándose, ritmada por el paso del animal, cesado el movimiento, se interrumpe: — ¡Qué hermoso está el río, y qué fresquito sube del agua! — El caminante piensa en el aire tibio de la alcoba: — ¡Quién se mete ahora en casa! — y echa pie a tierra. Precisamente debajo de aquel álamo la hierba está mullida y seca; mientras tanto descansará el caballo. Y va a sentarse cómodamente, reclinando en el tronco la espalda y la cabeza, mirando hacia arriba. El cielo refulge; no se sabe, tanta es su claridad, si está azul o blanco: diríase que es una perla inmensa vista por dentro. Paco está de espaldas a la luna, y de ella no ve más que la luz; las estre-

llas van andando con pausa, unas cielo arriba, otras cielo abajo; y, después de mirarlas fijamente, la vista, ya cansada, finge hilillos de luz que van de unas a otras, y en los aires se cruzan y se quiebran; y hasta parece que, en su caminar, van levantando una música tenue, música de flautas, o cosa así, que se oye a cien mil leguas de distancia. ¡Qué hermoso está el cielo! ¡Y la copa del álamo! Tiene aquel álamo que sirve a Paco de reposorio forma de ciprés; pero es tan risueño como tristes suelen ser los cipreses: porque las hojas, como sonajas de pandereta, se mueven todas a la vez, y, al moverse, de tan pulidas como están, reflejan la luna, y brillan y espejean; en aquella copa que se mece en la noche hay más luz y más ruido que en un día de sol.

¿Qué suena? Un renacuajo que da en el agua saltos mortales. ¿Qué se mueve en el aire? Un pájaro de noche que lleva alas de seda para no hacer ruido. ¿Qué lira destemplada suscita, a ras del suelo, notas bucólicas? Es un grillo que canta. Y en los juncos, encima del agua, hay cien grisoneas que tienen alas de terciopelo.

He aquí que el caballo se impacienta, relincha con fuerza llamando al caballero, y sus cascos golpean los guijarros, haciendo de ellos saltar

chispas. Paco se acerca al animal, y habla con él, como con un amigo: —Vamos, *Bonito*, no te impacientes.— *Bonito*, alzando la cabeza, agradece, con una mirada húmeda, el halago de aquella voz. —¿Qué estabais meditando, mi amo? — parece preguntar; y el amo le da dos palmadas en el anca con aire de camaradería afectuosa. —¿Qué entiendes tú de meditar, *Bonito*? — *Bonito* se impacienta y piafa. —Vámonos a casa, mi amo. — A casa, pues. — Paco monta de un salto, se yergue en la silla, empuña las riendas. *Bonito*, satisfecho, sale al trote.

Paco Trelles es alto y bien plantado: tiene la cara fresca, el pelo rubio y los ojos de ese color azul que está en las flores de la hierbadoncella. Su madre fué asturiana, y él, que tomó de ella salud y gallardía, es un fornido cántabro que hace honor a la vieja raza. Viste con cierto empaque, medio aldeano, medio señorito, terno de alpaca azul oscuro, y lleva boína; la camisa blanca reluce de limpia. Es aureola de su rostro la alegría, de sí misma conocedora y satisfecha, que da la intuición del poder, la conciencia de sabérselo todo posible y juzgárselo todo permitido; y es que Paco, que de leyes eternas entiende poco, y de de quintas esencias y problemas sociales nada le

importa, sábese por encima de toda ley soberano del pueblo, del concejo y aun del partido judicial, puesto que es hijo único del señor Manuel Trelles, cacique, por la gracia de Dios y de sus mañas electorales, en aquel rincón de tierra donde la Providencia sembró praderas y álamos y campos de lino, y donde el sufragio universal hace brotar un diputado con frecuencia consoladora. ¡Benditos sean la Providencia y el parlamentarismo que tales cosas crían!

Dicho esto, bien se comprende que nuestro amigo — pueden ustedes creer, bajo la fe de mi palabra honrada, que Paco Trelles ha de ser nuestro amigo — se juzgue feliz. Hay escudos — y el prestigio caciquil es uno de ellos — que no existe desdicha capaz de vulnerar. Confieso ingenuamente que, mejor que poeta, quisiera haber nacido hijo de cacique. Naciólo Paco sin querer; pero hartó se alegraba de que así hubiese acaecido. Y ya esta alegría es de estimar, porque indica cierta virtud de conformidad, hartó rara, y por lo tanto bien digna de ensalzamiento, en nuestra actual generación de *inconformes*.

Y de ser cierto, como afirman filósofos, que tanto como en la adversidad se prueba en la prosperidad el temple de las almas, no debe de estar

mal templada el alma del gallardo mancebo, porque a fe que son hartas las prosperidades que la vida le obliga a sobrellevar. El señor Manuel Trelles, además de influencia, tiene pesetas. Aquellas praderas que de loma arriba van trepando, felpudas y verdes, tuyas son; tuyos, los huertos a la vera del río, y las tierras *de pan*, ahora en rastrojo, erizadas y ásperas, y los campos de lino, color de oro viejo; y tuyas, vacas y becerras sin cuento, y dos cabras blancas, de esas que evocan mitologías, y lo mejorcito del pueblo en casas, y el almacén y la tienda de comestibles, y hasta la taberna.

De tales materiales riquezas del padre destilan para el hijo otras tantas espirituales bienandanzas: señorío sobre los hombres, envidia de los mozos, simpatía de las viejas, enamoramiento entre las hembras de buena edad... ¿Quién contará los amigos de Paco, y quién numerará las fortalezas de esquividad femenil rendidas a su omnipotencia?

Sin duda en cosas de este jaez va meditando Trelles mientras cabalga; acaso, acaso en la novia que viene de visitar.

Elena Quirós se llama la novia, y así como esta Elena imagino yo que debió ser aquella otra de Troya, alta y gallarda, metida en carnes y sana de

color, con la boca jugosa y colorada, y por sobre la frente altiva, el casco de cabellos negros. Tiene esta que yo digo, mitigando la altivez de la frente, ojos de manso y apacible mirar. Sobre su pecho, alto y recio, descansa una cruz de oro con una piedra verde. Y bien creo yo que, mirando la cruz aquesta, asentada sobre tan firme sustentáculo, vendrán al pensamiento de cuantos miren ideas de amores amasados en limpieza y constancia, y bajarán de la memoria a los labios las palabras ardientes del Esposo: «Ponme como sello sobre tu corazón.»

Bien pronto, al trote de su caballo y al volar de sus pensamientos, llega al pueblo el jinete. Las calles dormidas, como que despiertan sintiéndole pasar; ladra un perro, y ladran en coro, respondiéndole, todos los del contorno.

Las calles parecen continuación de la carretera: son anchas, pavimentadas de cantos rodados, flanqueadas por edificios bajos, saturadas de ese olor sano a cereal, a paja y harina, que es como aliento de abundancia en pueblos labradores; las puertas, anchas, para poder, abriéndose, dar paso a la balumba de los carros cargados con la mies, están profusamente claveteadas y pintadas de verde y de rojo; alúmbralas la luna, y, como a ellas, a las pare-

des, que quieren ser blancas, poniendo en evidencia hasta el último descostrón; y hay refulgencias extrañas en el suelo, entre los guijarros, en cuyos intersticios parece, a trechos, como si se hubiesen sembrado diamantes. Y todo está inmóvil, sereno, en paz. Diríase que se oye dormir al pueblo entero. En medio de la plaza, la cruz de piedra tiende su sombra como una bendición, y en la espadaña de la iglesia, la campana, que se detuvo en una media vuelta, evoca la figura de una vieja dormida en la mitad de un padrenuestro. Frente a la iglesia refulgen los cristales de un mirador, y bajo el mirador hay una puerta de dos hojas, barnizada y pulida, con llamadores que son manos de bronce sujetando una bola; mirador y puerta, más cuatro balcones de hierro en el piso alto, dos rejas y un portón como de cochera en el bajo, decoran la fachada — insólita en el pueblo — de una casa con pretensión de moderna y ciudadana. En la pared, junto al portón, reza una lápida: *Almacén de géneros coloniales y fábrica de embutidos de Manuel Trelles.*

Paco llega a la puerta, que, al golpear de la mano de bronce, se abre por dentro. Aparece una mozona de aspecto hombruno, coge el caballo y desaparece con él en la revuelta de una calleja.

Entra Paco en la casa sin esperar la vuelta de la moza. Hay un gran vestíbulo con puertas a los lados, y allá, en el fondo, una escalera; los escalones chillan ásperamente a medida que Paco va subiendo. Arriba hay una sala, casi alumbrada por una mariposa; no se sabe si es grande la sala o pequeña, porque la luz no alcanza a las paredes. Paco atraviesa la habitación.

—¿Eres tú?—interroga una voz más que bronca saliendo de las profundidades de un dormitorio.

— Yo soy, padre. Que usted descanse.

— Hasta mañana.

La alcoba acoge a Paco con su tibieza cariciosa. A poco, duerme.

II

La casa del señor Manuel Trelles tiene detrás un huerto, y en ese huerto, un cenador de parra; debajo de la parra, una mesa de piedra y tres sillas de hierro pintadas de verde.

El señor Manuel Trelles tiene aficiones bucólicas: por lo menos es grande amigo de la comodidad, y entre las comodidades parciales que forman el total de la buena vida, cuéntase para él la costumbre, en las mañanitas de verano y en las tibias de otoño y primavera, de salir al huerto, llegar al cenador de parra, acercarse a la mesa de piedra y, una vez instalado en la silla de hierro pintada de verde, disponerse a tomar el desayuno. El tal desayuno ya está servido; pero es doble, y falta un comensal. Todos los días sucede otro tanto. Señor Manuel Trelles se acerca a la casa, y llama a grandes voces: — ¡Paco! ¡Paco! —